

CAPÍTULO 1

La sombra que promete acabar con mi existencia

–Arita.

Chillaba y me contorsionaba como un gato rabioso en estado de terror puro. Los ojos sin vida tumbados en la tierra me perseguían como demonios que buscaban repetir la escena una y otra vez.

–¡Despierta!

Lo primero que recibí fue el impacto del terror dibujado en el rostro de mi padre, Oliver.

Soltó mis hombros como si estos le quemasen y se alejó unos pasos hacia atrás.

–Está pasando de nuevo.

Desaparecidos los últimos vestigios del sueño, me enderecé pateando las sábanas enredadas entre mis piernas.

–Espera –grazné con voz ronca y tosí–. No es lo que piensas.

–No puede ser que esté sucediendo otra vez. –Aferró mechones de su cabello oscuro con desesperación.

–No lo está –balbuceé.

–¿Cómo que no? ¡Acabo de verte! –rugió turbado.

–¡Pero no es así!

Me encogí en mí misma ante su actitud perturbada. Era un león

enjaulado que caminaba de punta a punta. Seguí sus pasos con la visión empañada.

–¿Qué viste? –Ante mi silencio, arremetió–: ¡Dime lo que viste!

–Vi a una chica –respondí cabizbaja.

–¿Quién?

–No lo sé –declaré con aplomo.

Su mirada se abrió en desmesura y la clavó en un punto indefinido de mi rostro.

–Mañana hablarás con Karol.

Me levanté como un resorte, pero ese simple movimiento ocasionó que mi vista se nublara por completo y el piso se sacudiera de tal forma que me vi obligada a inclinarme contra la pared para evitar caer.

–¡Arita!

En dos zancadas estuvo a mi lado y me sujetó de los hombros.

–¿Qué está sucediendo? –murmuró con congoja y negué.

Me rebullí de su contacto.

–Estoy bien.

–¿Acaso te oyes? –Me zarandé y lloré con desconuelo–. ¡Estás realmente perturbada si crees que voy a dejar que te suceda lo mismo que a tu mamá!

La simple mención de ella no hizo más que profundizar la aflicción.

–Nadie me creará y me enviarán a un manicomio –expresé con voz quebradiza.

–Si es necesario para resolver tu problema, que así sea.

Mis lágrimas de terror se entremezclaron con el dolor que me generó oír esas palabras salir de su boca.

Pero a pesar de eso, había algo más que me inquietaba y no podía sacar de mi cabeza.

–¿Mamá soñó alguna vez con alguien a quien no conocía? –susurré.

Su silencio respondió por él y la sangre en mis venas se congeló.

–Estoy perdiendo la cabeza –murmuré, aturdida, para mí misma.

El corazón galopeó a mil por hora y me coloqué la palma en el pecho en un pobre intento de calmarlo. Sellé los labios apenas noté la mirada de mi padre clavada en mi rostro. Chasqueó la lengua e inspiró profundamente.

–Ey, Arita –se acuclilló frente a mí y tomó mis manos en una acción desenfadada–, no voy a dejar que te ocurra. Sé que puedes ser más fuerte que eso y te aseguro que, con la ayuda necesaria, las pesadillas acabarán y solo serán un recuerdo amargo, ¿sí?

Hablaba fuera de sí, en un intento miserable por convencerme con sus palabras que viajaban a mis oídos, pero no permanecían en mi cabeza.

–Necesito que me prometas que le dirás todo a Karol.

Mordí mis labios temblorosos y resistí el espasmo que sacudía todo mi cuerpo.

–¡Promételo! –exclamó y asentí con la cabeza repetidas veces.

Besó mi coronilla con fervor y me envolvió en sus brazos. Apoyando mi cabeza en su pecho, ahogué el sollozo lastimoso que pugnaba por salir de mi garganta.



–Así que tú dices que estos sueños vienen de familia, ¿cierto?

Me encontraba sentada en el mullido sillón de tela gris.

El consultorio de Karol, mi psicóloga, despertaba confianza desde donde lo mirase. Las paredes estaban decoradas en tonos claros, con dos bibliotecas de madera laminada blanca, las cuales contaban con centenares

de libros. A su lado, se hallaba un escritorio de arce que le daba un aspecto profesional. Detrás de sus gafas redondas y desde otro sofá frente a mí, los ojos verdes de la mujer prestaban minuciosa atención.

Tal y como le había prometido a mi padre, me había presentado a la sesión con la intención de revelar todo lo que estuve ocultando de cara a las personas fuera de mi círculo familiar.

Los nervios se agolparon en mi interior y tuve que recordarme a mí misma que la conocía hacía medio año y nunca había dado motivo alguno para desconfiar.

Aunque era inevitable lo que estaba a punto de decir, ni el psicólogo más abierto del mundo lo creería.

–Pesadillas –corregí.

–Exacto, pesadillas –sonríó–. ¿Por qué dices que lo heredaste?

Inclinada ligeramente hacia delante y con manos entrelazadas en mis rodillas, inhalé profundo y comencé, sabiendo que después de esto nada volvería a ser como antes.

–Karol, sé que sonará extraño, pero estoy dispuesta a hablarlo porque después de anoche... –Aparté la mirada, evocando las imágenes sinietras que había presenciado.

No pude pegar un ojo después de eso.

Muy pronto llegará tu hora.

Cerré mis párpados y los volví a abrir hacia Karol.

–Estoy aterrada –declaré, apartando con una mano temblorosa un mechón oscuro de mi cabello ondulado–. Desde mis catorce años, el mismo día que mi madre murió, he predicho la muerte de aquellos a quienes amo. –Su rostro permaneció estoico–. Por lo poco que sé de parte de ella, esta maldición se transmite en las mujeres de la familia. Comienza cuando una de ellas tiene una descendencia y muere.

–¿Y esta maldición consiste en predecir el futuro? –Mantuvo un tono neutral, pero pude imaginarme sus pensamientos incrédulos desde la distancia.

–No –respondí, esta vez jugueteando con el medallón de oro que colgaba de mi cuello–, puedo ver cómo mueren las personas antes de que suceda. Desde que tengo uso de razón mi madre solía sufrir de lo mismo.

–¿Qué le pasaba a tu mamá, Aradia? –preguntó con el entrecejo fruncido.

–Muchas veces durante la noche, me despertaba con sus pedidos de auxilio. –Me abracé a mí misma–. Se suponía que eran simples pesadillas, o eso era lo que me decía.

Una angustia familiar se alojó en mi pecho.

–Luego de una noche agonizante –retomé–, a eso de los trece años, me reveló que estas premoniciones se transmitían entre las mujeres de nuestro linaje. Su madre, Mariella y la madre de su madre, Agostina, también las tuvieron y así desde tiempos inmemoriales. Nunca se supo cómo se ocasionó. Tampoco sé por qué, de entre tantas personas, nada más predecimos la de aquellos a quienes amamos.

»Por eso mismo lo llamaba maldición. Es como si todas las personas que queremos estuviesen condenadas a fallecer. Sin embargo, cuando la vi a ella morir, entendí que algo estaba empeorando en mí.

Ante mi silencio repentino, Karol tomó la palabra.

–¿Ella quién, Aradia?

–La chica.

–¿Qué chica? –repitió.

–La que asesinó Sombra.

Esta vez, su máscara de neutralidad se rompió y alzó las cejas en señal de sorpresa.

–¿Presenciaste un asesinato?

–En la pesadilla.

–Cierto, en tu pesadilla. –Eso pareció aplacarla porque volvió a colocar su antifaz de profesional–. ¿Quieres decirme quién es ese tal Sombra?

–No es un quién, es un qué –remarqué mientras mordía la uña de mi pulgar–. Es una especie de silueta con la forma de un hombre.

Nombrarlo me causó escalofríos de pies a cabeza. Di un vistazo a mi costado, como si lo hubiese invocado, pero lo único que había allí de pie era una lámpara. Pellizqué la piel de mi codo.

–Así que esta silueta que llamas Sombra mata a tus seres queridos en sueños... –Ante mi gesto incómodo, se retractó–. Perdón, pesadillas. Y luego sucede en la vida real.

Asentí frenéticamente. Alguien fuera de mi familia estaba descubriendo el inmenso secreto que había estado guardando desde siempre y era una especie de alivio compartirlo.

–Suceden tal cual como las veo. Anoche vi a una chica a quien no conocía de nada y no sé qué significa. ¡Lo peor es que nunca soy capaz de detenerlo! Es como si lo traspasara y...

–¿Crees que podrías haberlo hecho?

–¿Qué cosa? ¿Detener a Sombra?

–No, Aradia. A lo que me refiero es, ¿piensas que podrías haber evitado sucesos que no tuviste control alguno sobre que sucedieran? –Su pregunta me molestó de sobremanera.

–Yo sí tenía el control, tuve la oportunidad de salvarlos.

–¿Realmente lo crees, Aradia?

Una risa repentina burbujeó de mi interior ante su interrogativa absurda.

–Era demasiado bueno para que sea real –negué con la cabeza.

–¿Qué cosa?

–¡Esto! Que tú me creyeras y me ayudaras –sonreí de forma cínica–. Ni tú ni nadie podría llegar a comprender lo impotente que me siento. Soy tan inútil que ni siquiera sabiendo cómo mueren puedo evitarlo. Por más que lo intente, ¡todos terminan bajo tierra y con una tumba en sus cabezas!

Tomé una bocanada de aire con esfuerzo. Percibí mi rostro mojado por lágrimas que no sabía que estaban fluyendo por mis mejillas.

–Bien, Aradia. Comprendo, vamos a intentar calmarnos.

–¿Calmarme?

–Quiero que me hables de otra cosa, ¿estuviste intentando acercarte a tus compañeros de clase?

Su cambio abrupto de tema pitó en mis oídos como cristales rompiéndose en sucesión.

–Te acabo de revelar uno de mis mayores miedos y, ¿tú preguntas si hice amigos? –Su silencio fue la última gota que colmó el vaso–. Para tu información, no. ¡No me acerqué a nadie porque lo más probable es que después tenga que asistir a su funeral! Ni siquiera puedo concentrarme en clase por los alaridos tortuosos que se repiten una y otra vez en mi cabeza, mis notas son un reflejo de lo poco que presto atención a las asignaturas. Si no fuese por mi padre, de seguro me hubiesen echado de allí de una patada.

En un impulso, me levanté del asiento. Advertí cómo el llanto trepaba en mi garganta hasta formar un nudo tan tenso que mi respiración se agitó.

–Y, ¿sabes una cosa? –agregué, alterada–. ¡No me interesa! Tengo tanto miedo de que llegue la noche que apenas duermo y, cuando lo hago, es un infierno. Así que disculpa, Karol, si no he hecho amigos estos últimos meses. Estuve demasiado ocupada intentando sobrevivir a esta maldita tortura.

Pateé con la punta del pie el sillón con ira contenida. Mis pulmones eran dos sacos rotos que perdían el aire que llenaban. Inhalé pero no fue suficiente.

–Tranquila, Aradia. –Se levantó con la seriedad plasmada en su rostro.

–No puedo respirar.

Coloqué la palma en mi pecho. El corazón latía frenético en una carrera y me enredé con mis propios pies. Unas manos me tomaron del antebrazo antes de estrellarme contra el piso y oí la voz de Karol amortiguada. Un sudor frío recorrió mi columna vertebral y creí con total certeza que estaba perdiendo la cabeza.

–Aradia, necesito que me escuches.

–No puedo –balbuceé.

–Sí, tú puedes.

Negué, febril.

–Sí, Aradia –confirmó en tono inflexible–. Estamos respirando el mismo aire en este espacio. Si yo puedo respirarlo es porque tú también puedes hacerlo.

Mi corazón iba a explotar en cualquier momento. Cerré los ojos con fuerza. Mis piernas se aflojaron y ni siquiera Karol pudo evitar que cayera de bruces al piso. Se inclinó y me ayudó para apoyar mi espalda contra el sofá.

–Abre los ojos y mírame. –Le hice caso y ella asintió–. Quiero que sigas mi ritmo, ¿sí? Cuando yo inhale, harás lo mismo y cuando exhale, también.

–No puedo –sollocé con voz quebrada.

–Crearás que es imposible hasta que lo logres –dijo con seguridad.

Inhaló aire con la nariz de forma ruidosa, invitándome a imitarla. Negué, pero su gesto autoritario me obligó a intentarlo. Era imposible, sentía que llegaba a mi límite. Karol retuvo el aire por tres segundos y

fue un suplicio hacer lo mismo hasta que exhaló con lentitud. La seguí, luchando por no ahogarme.

No sé por cuánto tiempo estuve así, pero de repente pude percibir cómo los latidos de mi corazón disminuían y el aire en mis pulmones ingresaba cada vez con un poco más de regularidad. La sangre dejó de rugir en mis oídos y fue como si lo destaponaran.

Minutos después, Karol se alejó con un claro gesto de alivio y me ayudó a sentarme en el sofá.

Mi sudadera gris, a pesar de llevar puesta una camisa de mangas largas debajo, se encontraba mojada en la zona de mis axilas y la vergüenza invadió mis sentidos de tal forma que me crucé de brazos en un pobre intento de resguardo.

Una vez que Karol se cercioró de que me encontrase respirando correctamente, acomodó su cabello y alisó su blazer beige. Me tendió una caja de pañuelos y, con inseguridad, tomé unos. Sequé mi rostro y sorbí mi nariz.

Ella volvió a sentarse, con las piernas cruzadas, relajada, como si no hubiese sucedido nada.

–Perdona –susurré mirando mis manos.

–¿Por qué?

Levanté la mirada, un tanto fastidiada.

–Por... –señalé alrededor– lo que sea que haya sido eso.

–Ataque de pánico.

–¿Qué? –Arrugué el entrecejo.

–Eso que acaba de suceder fue un ataque de pánico.

–Oh. –Aparté la mirada–. No entiendo.

–Es normal, no te preocupes. Es una manifestación de miedo, pero mucho más intenso. ¿Puedo saber qué sentiste?

Se dirigió al escritorio y tomó un cuadernillo rayado junto a una pluma.

—Sentí que me faltaba el aire —dije en tono dubitativo—. Creí que estaba perdiendo la cabeza y ahora me encuentro totalmente sudada.

—¿Es la primera vez que te sucede? —dijo mientras anotaba algo.

—Sí.

—Bien. —Cerró su cuaderno—. ¿Segura de que te sientes mejor? ¿No quieres quedarte aquí unos minutos más?

—No —respondí casi con alivio por verme fuera de allí lo antes posible.

Se levantó y la imité. Observé el reloj que colgaba de la pared. Eran las tres de la tarde, la sesión tendría que haber terminado hacía veinte minutos.

Abrió la puerta y el semblante preocupado de mi padre me recibió en la sala de espera. Estuve a punto de despedirme de Karol, pero ella habló primero.

—Señor Oliver.

—Señorita Karol.

De un salto estaba a mi lado, con un signo de pregunta dibujado en sus facciones y con líneas de expresión que denotaban sus más de cuatro décadas.

—Me gustaría hablar con usted, ¿será posible? Aradia, ¿podrías esperar aquí? No tardaré mucho —indicó con una sonrisa amable y mi padre asintió. Fui hacia los asientos negros del pasillo con paredes de un empapelado azul. Apenas cerraron la puerta detrás de ellos, lancé vistazos a mis costados y me acerqué a toda prisa. Apoyé mi oreja contra la madera que nos separaba del pasillo al consultorio y oí el traqueteo de los tacones de Karol y el de los zapatos lustrados de mi padre.

Largué una exhalación apesadumbrada, iba a narrarle lo que había sucedido, estaba segura.

–Señor Blum, quería hablar con usted a solas sobre su hija.

El chirrido de las sillas me indicó que tomaron asiento.

–Dígame cuales son las noticias –dijo mi padre en tono urgente.

–Le diré todo a su debido tiempo. Primero, me gustaría conocer un poco más a la madre de Aradia. –Un silencio tenso se asentó entre ellos–. Elia falleció de un paro cardíaco, ¿cierto?

–Sí. –El tono de mi padre vaciló–. ¿Qué tiene que ver eso con Aradia?

–En la sesión de hoy, Aradia habló sobre una enfermedad que padecía su esposa. Sin embargo, en las entrevistas clínicas no fue mencionado ningún padecimiento mental por parte de Elia.

Mi cuello se volvió de piedra y abrí los ojos a tal punto que casi se escaparon de mis cuencas. Miré a mis espaldas para luego volver a pegar todo mi cuerpo contra la puerta.

–Sí, sobre eso... –Pude percibir la incomodidad de mi padre incluso desde la distancia.

–Le pedí total honestidad al momento de recibirlos. No solo a su hija, sino también a usted. No puedo ayudarla si se me oculta información primordial para su salud –manifestó ella en tono severo.

–Mi intención jamás fue mentirle, señorita Karol. Mi esposa hubiese preferido morir antes de que su condición fuese descubierta.

Alcé las cejas, impactada ante su forma de mencionar las pesadillas.

–Ya veo, ¿me podría hablar un poco más sobre esta condición?

Oí un sonoro suspiro.

–Yo no sabía nada de esto hasta que me casé con Elia. –Su voz flaqueó–. A los pocos días de mudarnos juntos, descubrí sobre estos sueños que heredan en su familia. Durante cinco años no creí que aquello fuese real. Intenté convencerla para buscar ayuda, pero se negó.

–Aradia me contó sobre los gritos de su madre durante la noche.

–Sí –afirmó apesadumbrado–. Hubiese hecho cualquier cosa para que ella no presenciase aquello, pero era imposible. Durante el día, Elia y yo intentábamos hacer lo mejor posible para plasmar una sonrisa en nuestros rostros y ayudarla a olvidar el mal trago de la noche. Incluso cuando Elia estaba con los ánimos decaídos, no dejaba que esas pesadillas la derribaran. Pero su cuerpo no lo soportó y una noche fue tal la crisis que ni yo mismo pude ayudarla –dijo eso último con un hilo de voz.

La mención de esa última noche casi logró que me encogiese sobre mí misma y me apartara.

–Dejé a Aradia con Nora, nuestra vecina, y llevé de inmediato a Elia al hospital –sorbió su nariz–. Pero no pudieron hacer nada al respecto, apenas pudo decirme unas palabras antes de partir.

Posé una mano en mi pecho. Me dolía. Habían pasado tres años de aquello y, con el tiempo, los recuerdos de esa noche se volvían cada vez más difusos. De un momento a otro, ya no estaba con mis padres, sino que me hallaba en la casa de Dorian, mi mejor amigo e hijo de Nora, rezando para que mi pesadilla no se hiciera realidad.

Pero lo hizo.

Y mi mundo se desmoronó desde entonces.

–Comprendo, señor Blum –dijo Karol esta vez de manera suave, baja, casi como si fuese una caricia–. ¿Nunca fue atendida? ¿Nunca supo qué era lo que tenía?

–No.

–¿Alguna vez Aradia le habló sobre las pesadillas que tiene?

–Sí. Y sé que le contó sobre ellas, yo le dije que lo hiciera.

–¿Por qué?

–Porque me desperté en la madrugada con sus gritos de terror. Iguales a los de Elia.

–¿Y usted cree que Aradia puede predecir la muerte?

Los músculos de mi cuello se volvieron rígidos y pegué aún más la oreja, hasta que lo oí.

–No lo sé.

Volteé hacia la puerta. ¿Había oído mal?

–¿No lo sabe?

–Señorita Karol, usted no sabe lo infernal que se puede convertir una simple noche –manifestó con un ligero temblor en la voz–. El temor y tristeza de Aradia me hacen dudar si aquello que dice ver es real. –Hubo un segundo de silencio, hasta que añadió–: Tengo miedo de creerle porque, si lo hago, me horroriza el simple hecho de verme envuelto en esta locura. Ya no sé qué pensar y estoy tan preocupado que no sé qué más hacer para ayudarla.

Percibía su dolor a pesar de encontrarme al otro lado de la puerta y me arrancó lágrimas de impotencia que sequé con brusquedad.

–Gracias por decirme todo esto, señor Blum; pero tiene que comprender que no es real. Nunca, en la historia de la humanidad, hubo registros de que la mente humana pudiese ver el futuro, menos que menos, predecir la forma en que alguien pierde la vida.

–Entonces, ¿qué es lo que tiene mi hija? –Advertí la desazón en su pregunta.

–Señor Oliver, seré sincera, temo que Aradia no esté respondiendo a mi tratamiento y, por el contrario, su cuadro esté empeorando.

Dejó las palabras en el aire y un silencio sepulcral los envolvió hasta que mi padre tomó la palabra.

–¿A qué se refiere con eso?

–Aradia vino aquí hace seis meses para lidiar con el duelo por la muerte de su abuelo. Usted mismo ha dicho que le preocupaba que eso la

hundiera aún más debido a otras pérdidas que había sufrido. Durante ese tiempo respeté el proceso de duelo, aunque, de a poco, fui incentivando a que se adentrara de nuevo a su vida. Pero, aunque me apene compartirlo, Aradia no se mostró receptiva a esto, en cambio, se aisló completamente.

–No tenía idea –atinó a farfullar mi padre–. Como usted sabe, imparto clases de Historia en la misma escuela que asiste ella. No quería invadir su privacidad, pero había notado que algunos de sus compañeros la incluían en ciertos proyectos y actividades escolares. Creí que estaba mejorando.

–Comprendo, es normal que los padres quieran ver que sus hijos están avanzando. Pero este desprecio que siente Aradia, esta culpa en la que se autorecrimina, ya no forma parte de un duelo saludable. Y, después de esta última sesión con ella, puede que esté recayendo en ideas delirantes.

–¿Ideas delirantes?

–Su hija está totalmente convencida de que puede predecir la muerte. Asegura que hay una sombra que la persigue a ella y a sus seres queridos.

Una necesidad dominante por huir de allí me invadió. No quería oírlo. No podía aceptar que todas estas pesadillas eran producto de mi mente retorcida. Pero dudé, me permití dudar por un segundo y me pregunté si acaso realmente había una especie de enfermedad mental que se heredara por los genes.

“¡Aradia, vete!”.

La firmeza de la voz de mi abuelo, durante el incendio, me aclaró cualquier interrogativa que se elevase de mi cabeza.

No. Por más que quisieran convencerme de lo contrario, yo sabía lo que había visto.

–Tendré que presentar su caso y derivarla con un psiquiatra.

–Entiendo –dijo mi padre en un murmullo casi inaudible.

–Por ahora no tengo un diagnóstico para Aradia. Es la primera vez que la oigo hablar sobre estas predicciones, pero necesito que haga algo.

–Dígame.

–Esté atento a su comportamiento. El delirio es un síntoma que puede connotar en un cuadro grave.

–¿Qué quiere decirme con todo esto, señorita Karol?

–Señor Blum –sentenció autoritaria y supe que no me iban a gustar las próximas palabras que oiría–, Aradia está sumida en un estado de letargo hace años, desde la pérdida de Elia. Necesita un proceso de acompañamiento más complejo del que usted o yo podemos brindarle, ¿entiende?

Las palabras, a pesar de encontrarse mitigadas por la puerta, me alcanzaron con un golpe contundente que provocó que me alejara.

Ya había oído lo suficiente.